

Discurso "70 Aniversario de la Universidad del Salvador"
Carlos I. Salvadores de Arzuaga,
Rector

Señoras y Señores

Estamos celebrando los 70 años de nuestra querida Universidad del Salvador, esa providencial creación de la Compañía de Jesús en la Argentina que hoy nos toca conducir, y que tantos motivos de legítimo orgullo nos ha dado y sigue dándonos.

A lo largo de todo este tiempo fuimos, somos y si Dios quiere seguiremos siendo una Universidad confesional católica.

Eso nos obliga a estar permanentemente en las fronteras, las periferias de que hablaba Francisco.

No sólo en las del conocimiento, sino las del dolor, del sufrimiento, de la necesidad que padecen nuestros prójimos, nuestros hermanos, y que debemos atender si queremos seguir llamándonos cristianos.

Por eso nuestra visión ha sido y es plural y solidaria.

No nos guía la búsqueda de imagen, sino el compromiso de servir a la comunidad en la que estamos insertos.

La experiencia en la enseñanza, nos confirma en nuestra creencia, de que los aspectos clave de nuestra vida en comunidad exige lo que podríamos llamar "estabilidad conceptual".

De lo contrario, lo que prevalece no es la libertad, sino una gran confusión y una ausencia de comunicación que suele ser preámbulo de la conflictividad.

El mundo nos ofrece a diario ejemplos de este problema.

Se oye decir, y con razón, que el avance de las herramientas tecnológicas destinadas a la comunicación, ha sacado de las universidades su antigua función como únicas transmisoras de conocimientos.

Pero lo que permanece bajo nuestra responsabilidad es el deber de enseñar a nuestros alumnos a construir argumentos, y a saber calificar aquéllos que se ofrecen a su consideración.

Mantenemos en alto la vigencia del consejo que nos dio San Ignacio de Loyola: la clave de nuestra tarea en la sociedad está en enseñar el discernimiento.

Discernir nos evita peligrosos malos entendidos.

Por eso es preciso conocer y defender el auténtico sentido de lo que decimos y escuchamos.

Conceptos como libertad, seguridad, derechos, progreso o inclusión no son nunca neutrales.

Su interpretación dependerá siempre de quién los usa y con qué propósito lo hace.

Es nuestro deber advertírsele a las nuevas generaciones que nos son confiadas.

Para prevenirnos de la autosuficiencia que tanto nos empobrece, recordemos siempre que es preferible aprender a tener razón.

Como responsable del funcionamiento de una universidad como la nuestra, reivindico su cometido destinado a abrir puertas, a suscitar debates, a expresar las dudas y poner bajo análisis a las certezas.

Créanme: ése es el núcleo y el alma de una Universidad de impronta jesuita como la nuestra, que confía en Dios como fuente de todo bien, y usa la libertad que el mismo Dios quiso dar a los seres humanos para avanzar en procura de un mundo mejor, más solidario, más fraterno, más comprometido, con más diálogo.

El queridísimo Papa Francisco enseñó que el diálogo entre distintos, es el aire que respira una comunidad bien constituida.

Y fue aún más allá: postuló que es más valiente dialogar con el que piensa distinto que insultarlo.

Por supuesto, este ambicioso programa, ha implicado un gran esfuerzo de parte de quienes constituyeron la Universidad del Salvador a través de todas las peripecias de las últimas siete décadas.

En cada oportunidad, se apreció de qué modo, todos los integrantes de la comunidad universitaria cerraron filas y defendieron codo a codo la continuidad del proyecto que los movilizaba.

El resultado de esa convicción está ante nuestra vista.

Y la moraleja es clara: las dificultades, los desafíos, existen para ser superados.

Uno de esos desafíos fue la decisión de traspasar a los laicos la gestión de nuestra Universidad.

Hay que decirlo: fue un paso que algunos consideraron riesgoso y hasta desaconsejable.

Pero el Padre Bergoglio, entonces provincial de la Compañía de Jesús, no nos dejó librados a nuestra suerte: escribió y puso en vigencia ese documento clave, *"Historia y Cambio"*, que fue el puente entre la historia y el futuro.

Porque la historia mira hacia el pasado, y el cambio al futuro.

De ese futuro nos habla el Papa León XIV, cuando nos indica que una Universidad está llamada a ser un "*centro de búsqueda de verdad y de sentido*"; en el cual fe y razón están llamados a dialogar porque allí confluyen el intelecto, el espíritu, los afectos y el contexto social.

Claro que alguno de esos componentes, o más de uno, puede faltar, como sucede lamentablemente, en ciertos centros de formación superior del mundo, incluidos los confesionales católicos.

Ante esto vuelve a hacerse oír la palabra rectora del Papa, cuando nos dice que "nos hemos convertido en expertos en detalles infinitesimales de la realidad, pero parecemos incapaces de recuperar una visión de conjunto".

Es que solo con esa mirada abarcadora podremos aspirar a avanzar hacia la verdad que está a nuestro alcance.

De lo contrario, habremos perdido de vista uno de los elementos propios de nuestra condición humana: la inclinación hacia la totalidad, que es un modo de mencionar a Dios.

Termino con esto: nuestro desafío de hace 70 años se mantiene intacto.

Debemos dar ciencia a la mente y virtud al corazón.

Es una época inclinada a lo simple, a lo binario: dominadores y dominados, poderosos y subordinados.

Nuestra prédica debe orientarse a señalar que ese simplismo nos empobrece y contradice la noción misma de inteligencia, que literalmente significa la capacidad de leer entre líneas.

Querida comunidad el 18 de mayo de 2021 el Santo Padre en una carta me escribía:

"Cuando un dirigente se detiene y pregunta sobre si está caminando bien o no, eso es seguridad que no está desorientado, que no se cree el dueño del camino".

Aprendí que el Salvador es un camino que no tiene dueños, que es un camino que debemos recorrer llenos vida y alegría por nuestra Misión, y que con amargados, aburridos y resentidos no se va adelante.

Gracias a todos los que han acompañado a la Universidad del Salvador en estos 70 años y confiaron que nunca nos alejamos de la Compañía de Jesús.

Gracias por los que abandonaron la cultura del espejo, de mirarse a sí mismo.

Gracias por dejar de quejarse de todo y ver solo en lo que creen que perdieron.

Gracias por los que abrieron la puerta a la novedad

Gracias por resistirse a la comodidad

Gracias en particular a los colaboradores, desde aquéllos más eminentes, hasta los que se ocupan con dedicación y auténtico amor a cumplir sus tareas de cada día con compromiso y alegría.

Cada uno piedra necesaria para construir y preservar la Universidad que hoy nos reúne para honrarla.

Gracias a Dios,

Gracias a San Ignacio de Loyola,

Gracias a la Compañía de Jesús por esta Universidad nuestra, pensada y diseñada para servir a la comunidad en la que se desenvuelve.

Nada más, muchas gracias.